

Demetrio Boersner

De diciembre de 2002 a enero de 2003, la escena internacional estuvo dominada por la evolución política de Brasil y Venezuela y, a nivel mundial, por las tensas relaciones de Estados Unidos con Irak y, en menor grado, con Corea del Norte. Europa dio nuevos pasos hacia la ampliación de su unidad. El Medio Oriente siguió debatiéndose en infeliz y violento conflicto.

#### Las Américas a la Hora de Lula

El 1° de enero de 2003, asumió la presidencia del país más grande de América Latina el socialista democrático de izquierda Luiz Inácio Lula da Silva. Este obrero y sindicalista combativo y valiente había fundado, en 1981, el Partido de los Trabajadores, PT, organización política muy vinculada a la base popular y al movimiento sindical, de orientación independiente, sin sumisión ideológica o política a la internacional de los partidos comunistas que, tantas veces, por su burocratismo autoritario, han sido los enterradores de los auténticos movimientos de liberación social. Aunque en el PT existen cuadros y militantes que simpatizan con el modelo cubano o castrista, de manera general el partido es socialista democrático y respetuoso de la libre expresión de ideas en su seno. Por constituir una auténtica expresión de su base popular, el PT logró, desde los años finales de la dictadura militar y durante los lustros de democracia civil que le siguieron, una más amplia aceptación por parte del pueblo que cualquier movimiento de izquierda precedente en la historia del Brasil. Creció y conquistó alcaldías y gobernaciones, demostrando su capacidad política y administrativa y

su honestidad, para así legitimar su aspiración al poder a nivel nacional.

Al mismo tiempo, al igual que otros movimientos de izquierda democrática en el mundo, los laboristas brasileños se identificaron con la causa de la unidad solidaria de los pueblos, comenzando por los de América del Sur, y de la lucha no violenta por una democratización y humanización del orden económico mundial.

Con realismo, Lula y la mayoría de los dirigentes del PT entendieron, por otra parte, que en el mundo globalizado de la actualidad más que nunca es necesario que los trabajadores busquen aliados incluso en el seno de las capas privilegiadas de la población, para poder avanzar por lo menos algunos pasos hacia sus metas de justicia social. Para vencer la resistencia y la desconfianza de una burguesía y un estamento militar temerosos de ataques contra la propiedad privada y contra jerarquías existentes, Lula en su campaña negoció acuerdos precisos con estos sectores, en el sentido de que, llegado al poder, enmarcaría sus reformas sociales dentro del ámbito de la economía de mercado y procuraría avanzar hacia una mayor equidad distributiva por la vía de la concertación tripartita y no de la imposición unilateral. Sobre esta base, junto con el otorgamiento de la vicepresidencia a un liberal moderado, Lula pudo ser elegido y juramentado sin que cundiera ningún pánico ni se produjeran fugas masivas de capitales y cerebros. De ahora en adelante, deberá caminar por el difícil sendero de los gobernantes socialdemócratas: tratar de mejorar la condición de los pobres de manera significativa y conservar su apoyo, sin afectar excesivamente los intereses básicos del empresariado privado. Su éxito dependerá sobre todo de la futura actitud que asuman las capas medias de la población.

A ese respecto deberá evitar los errores cometidos hace treinta años por Salvador Allende. En el PT, al igual que en el Partido Socialista chileno de aquella época, existe un sector de

cabezas calientes, propenso a planteamientos que espantarían a los pequeños propietarios. Tal "confusión de etapas" (plantear la lucha de clases obrero-burguesa cuando lo que se aspira es una humanización del capitalismo), sería nefasta para el equilibrio social que Lula necesita.

En materia de política exterior, Lula tiene grandes posibilidades de liderazgo suramericano y latinoamericano. Su ascenso coincide con un momento de crisis del paradigma de la globalización neoliberal. Las propias élites dirigentes de la estructura emanada del Consenso de Washington están cuestionando aspectos del mismo y considerando un retorno parcial a las recetas neo-keynesianas. En América Latina los pueblos se encuentran en una generalizada actitud de protesta contra las aplicaciones a veces brutales y torpes que se han hecho de los principios del liberalismo económico en nuestro medio, y esa protesta explica el surgimiento de nuevos proponentes de un populismo que hace unos años parecía muerto y enterrado. Con la esperanza de refortalecer su propia posición política, el viejo dictador de Cuba parece impulsar la formación de una suerte de "eje" radical que, partiendo de la isla, abarcaría a Venezuela, a Brasil y eventualmente a Ecuador, con posibilidades de expansión hacia el resto del subcontinente.

En este momento histórico y en medio de una región agitada por esperanzas de transición hacia regímenes más atentos a los reclamos sociales, Lula tiene inmensas oportunidades de ser escuchado, bajo la condición de que se diferencie de Fidel Castro (y de Hugo Chávez), y asuma la conducción de un proceso de reafirmación autónoma de América del Sur, **en forma serena y no demagógica ni desafiante.**

Tal liderazgo sereno por parte del gobierno de Lula se esforzaría por generalizar en Sudamérica la idea de que nuestra integración regional debe tener prioridad por encima del proyecto hemisférico del ALCA.

Asimismo, alentar a los países de la región a negociar con los norteamericanos en forma concertada más bien que individualmente. Defenderá la tesis de que la entrada en vigor del ALCA podría ser postergada hasta que se alcance el deseable equilibrio entre los intereses del Norte y del Sur. Al mismo tiempo, evitará desplantes provocadores y no dejará ninguna duda con respecto al anhelo sudamericano de vivir en buena armonía con Estados Unidos. Para esto último, sería indispensable, en materia de estilo diplomático, un deslinde claro (aunque no hostil) entre Brasil y la alianza dual constituida por Fidel Castro y Hugo Chávez.

### Venezuela, problema mundial

El paro cívico nacional iniciado el 2 de diciembre para inducir al presidente Hugo Chávez a aceptar una salida electoral anticipada cobró enorme fuerza con la incorporación al mismo de la industria petrolera y la marina mercante. En pocos días, el mundo comenzó a sentir los efectos de la interrupción de las exportaciones petroleras venezolanas que revisten importancia vital sobre todo para los Estados Unidos. En este momento de tensión internacional y de probable acción militar norteamericana contra Irak, el suministro seguro e ininterrumpido de petróleo venezolano sería particularmente importante para la potencia norteamericana. De allí que existen señales de un cambio en la posición del gobierno de Washington ante nuestra grave crisis interna. Antes de la huelga petrolera, el presidente Bush y sus asesores anhelaban que Venezuela se mantuviera estable bajo el mando de Chávez, por lo menos hasta después de la liquidación de la dictadura iraquí. Ahora han comprendido que Chávez no es capaz de garantizar el suministro petrolero, y que conviene apoyar la exigencia opositora de su pronta salida del poder por una vía democrática y constitucional.

A la Mesa de Negociación y Acuerdos presidida por el Secretario General César Gaviria, se agregará un Grupo de Amigos internacionales. Esta idea fue lanzada por el gobierno venezolano, acogida por Lula e inicialmente rechazada por Estados Unidos. Sin embargo, el gobierno de Washington cambió de parecer y ahora opina que el Grupo de Amigos podría ser útil para respaldar las gestiones del secretario general de la OEA. Todo depende de la composición del grupo, y existen profundas divergencias al respecto.

### Preparativos de guerra y llamados por la paz

Inexorablemente, el gobierno norteamericano apoyado por el británico ha seguido preparando su operación militar contra el dictador iraquí Sadam Husein.

Oficialmente, las dos potencias anglosajonas sostienen la tesis de que el gobierno de Irak posee y oculta armas de destrucción masiva que estaría dispuesto a emplear contra otros países, amén de que estaría prestando ayuda al terrorismo fundamentalista (Sadam Husein y su régimen no son integristas sino laicos, pero coinciden con el extremismo islamista en contra del Occidente desarrollado).

Al margen de esta motivación formal, Estados Unidos y Gran Bretaña actúan movidos por consideraciones geoestratégicas y petroleras. Desde hace una década, las sanciones dictadas contra Irak han restringido su producción petrolera, pero las reservas que ese país posee son enormes y constituyen un natural objeto de codicias rivales para el futuro. Los países anglosajones temen que los recursos petroleros iraquíes pudiesen caer en las manos de otros centros de poder, tales como Rusia con su futura política exterior incierta, un eventual bloque islamista radical que surgiría en caso de una desestabilización de las monarquías árabes del Golfo, o incluso de rivales en el continente

europeo occidental y central. Ha llegado la hora –estiman los gobernantes anglo-americanos–, de reforzar su control sobre el Medio Oriente en su totalidad, extirpando de su seno a un dictador peligroso y de conducta impredecible.

Con tenacidad, el gobierno del Presidente Bush ha buscado apoyo multilateral a su acción contra Irak, recurriendo al Consejo de Seguridad de la ONU y obteniendo su consentimiento a un programa de intensas presiones para que Irak abra sus arsenales a equipos de inspectores dirigidos por el sueco Hans Blix, gran experto en seguridad nuclear. Luego de que Irak presumiblemente no opere de modo satisfactorio con los inspectores, el Consejo de Seguridad se vería obligado a autorizar y patrocinar la acción militar, si no quiere correr el riesgo de una honda fisura entre la primera potencia y el resto de una comunidad internacional que no puede prescindir de su protección y colaboración.

Entre las influyentes voces que se alzan en contra de un ataque militar contra Irak ocupa el primer puesto la del Papa Juan Pablo II quien, en su mensaje universal de Año Nuevo y otra vez en palabras dirigidas al cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, reiteró su constante exhortación contra la violencia en todas sus formas. Por otra parte, el ex presidente norteamericano Jimmy Carter –quien en diciembre recibió el Premio Nóbel de la Paz de manos del Rey de Noruega– declaró su total inconformidad con la política belicosa del actual mandatario estadounidense. Ya anteriormente, Carter había coincidido con los numerosos políticos e intelectuales del mundo entero que opinan que una guerra contra Irak provocaría una mayor radicalización musulmana en contra del Occidente y dañaría la imagen de los Estados Unidos.

•••••  
**Demetrio Boersner**

Dr. En Ciencias Políticas. Exembajador de Venezuela